

Miguel León-Portilla, *Francisco Tenamaztle. Primer guerrillero de América. Defensor de los derechos humanos*, México, Diana, 2005, 193 p.

Existen seres que se destacan del resto de los hombres por sus excepcionales acciones o por su sabiduría; se trata de individuos cuya principal virtud es la de vencerse a sí mismos y cuya fortaleza y valentía los hace estar por encima del resto de los mortales. A la filosofía corresponde establecer los diferentes tipos de ideales que existen, determinar su origen y definir sus categorías axiológicas. Max Scheler, por su parte, ha identificado cinco clases de “modelos ejemplares”: el santo, el genio, el héroe, el artista y el espíritu dirigente de una civilización.

Aunque son varias las figuras míticas que han existido en diferentes tiempos y latitudes a las que podríamos aludir aquí, y que encajan en alguno de estos rubros, sólo queremos recordar, antes de abordar el caso concreto que nos ocupa en esta ocasión, al guerrero indígena por antonomasia cuyas fuerzas extraordinarias e increíbles hazañas lo hacen pertenecer a ese género; me refiero al general del ejército tlaxcalteca, cuyo perfil correspondería a la tercera clase axiológica propuesta por Scheler, es decir, a la del héroe: hablamos de Tlahcuilole, quien fue asociado, según algunas fuentes, con Huitzilopochtli por sus excepcionales dotes bélicas.

Tlahcuilole rechazó la oferta de Moctezuma de incorporarse al ejército mexica y prefirió inmolarse combatiendo atado de pies a una piedra contra una veintena de caballeros águila hasta fenecer; el impresionante sacrificio gladiatorio al que decidió someterse, así como su negativa de formar parte de las filas del ejército mexica, enemigo de los suyos, ha hecho que Tlahcuilole sea considerado como un mártir, pero también, como una de esas figuras míticas.

La conquista de México y los procesos de pacificación en su extenso territorio de ninguna forma resultaron empresa fácil para los españoles; diferentes testimonios reportan las acciones de resistencia de la población indígena a ser sometida tanto en su se-

ñorío como en sus creencias. La guerra del Miztón —que toma su nombre por alusión al escarpado peñol en que se llevó a cabo y que tuvo lugar entre 1541 y 1542— representa un dramático ejemplo al respecto. Los indígenas caxcanes y zacatecos que moraban en la Nueva Galicia, esto es, en Jalisco, Zacatecas y zonas aledañas, se rebelaron contra los excesos perpetrados desde 1529 por Nuño Beltrán de Guzmán quien intentaba superar las conquistas logradas por Hernán Cortés, así como por los agravios cometidos por los encomenderos y la soldadesca virreinal. El grito de “¡Ahora sí, tú o yo!”, en náhuatl “¡Axcan queman, tehuatl, nehuatl!”, con el que los alzados se animaban contra los intrusos, y que recuerda aquel otro emitido por los indios pimas que consigna Domingo Elizondo en su *Noticia de la expedición militar* en el siglo XVIII, “de aquí en adelante no quiero sino matar y que me maten”, refleja la desesperación de quienes prefirieron sucumbir a continuar siendo sojuzgados, de quienes no concibieron su existencia junto con aquellos que habían irrumpido violentamente en sus dominios.

En este trágico episodio, que amenazaba extenderse por toda la Nueva España, y que causó bajas considerables entre los españoles, el indio apóstata, señor de Nochiztlán, Francisco Tenamaztle, representó un papel relevante. La historia de este héroe, que según la mencionada clasificación de Scheler correspondería a la del espíritu dirigente de un pueblo, es abordada espléndidamente por Miguel León-Portilla en su libro *Francisco Tenamaztle. Primer guerrillero de América. Defensor de los derechos humanos*, que ve la luz por segunda ocasión.

El título condensa lo que del héroe se dijo ya: el arrojo del personaje tratado que lo lleva a encabezar la lucha armada contra quienes han vejado y explotado a su pueblo y, por otra parte, la justa librada después de aquélla durante su exilio en tierras españolas, para intentar restituir los derechos que a su entender asistían a la comunidad que encabezaba, junto con el más caro defensor de los indios, Bartolomé de las Casas.

La reconstrucción de tales acontecimientos que vemos plasmados, por ejemplo, en una de las láminas del *Códice Telleriano Remensis*, donde se distingue al sanguinario conquistador Pedro de Alvarado, quien murió a raíz de este violento conflicto y al mismo Tenamaztle con su arco y sus flechas, se sustenta en buen medida en invaluable fuentes documentales hasta ahora inéditas que

son expuestas por Miguel León-Portilla con verdadera destreza literaria; se trata de una rigurosa investigación en la que se consideran testimonios de distinta naturaleza y que por la esmerada prosa y por su ágil ritmo narrativo podrían ubicarse en el género de biografía novelada.

Pero ¿quién fue en realidad Francisco Tenamaztle? Miguel León-Portilla consigna las diferentes versiones acerca de la identidad de este peculiar personaje. Según algunos documentos oficiales, entre los que destacan las declaraciones del virrey Antonio de Mendoza, fue Tenamaztle hermano del señor de Nochiztlán y no el señor de ese lugar, sin embargo, los testigos sobrevivientes de la lucha armada y quienes de él escucharon hablar en aquella época lo identificaron plenamente como el señor de los caxcanes y capitán de los insurrectos.

La contienda bélica se inició en el Miztón el Domingo de Ramos de 1541. En ésta fecha el bando español al mando de Miguel de Ibarra sufrió la primera derrota, por lo que tuvo que retirarse a Guadalajara, diminuta población en aquel tiempo, debido al temor de sucumbir ante la furia de los empeñados; al saber el virrey Antonio de Mendoza de éste y otros descabros sufridos por su ejército, se traslada al lugar de los hechos y al grito de peleen “con ánimo varonil porque en esta victoria consiste la pérdida o ganancia de toda la Nueva España” con que animaba a sus hombres, logra doblegar a los rebeldes. Tenamaztle escapa, y durante años encabeza diferentes alzamientos en defensa de la dignidad y posesiones que, por derecho natural, pertenecían a su pueblo.

En las pormenorizadas indagaciones de documentos desconocidos hasta ahora, concentrados en el Archivo General de Indias y en otros repositorios, que Miguel León-Portilla tuvo a bien incorporar en su libro junto a crónicas y estudios históricos clásicos, Francisco Tenamaztle es identificado así como el caudillo que comandó durante nueve años diferentes levantamientos hasta que finalmente se rindió.

Pero también en esta labor detectivesca que el doctor decidió emprender para dar cuenta cabal de este personaje se encontraron testimonios que muestran una faceta muy diferente a la del férreo guerrero. En este sentido, León-Portilla refiere las reiteradas exhortaciones de Tenamaztle al capitán de los enemigos, antes y durante la contienda armada, a fin de que mediante acuerdos pacíficos se

respetaran la vida y las tierras de los alzados. El espíritu conciliador del noble caxcan queda patente en las negociaciones que intenta concretar con el bando contrario, pero fundamentalmente, en la serie de alegatos que despliega en defensa de sí mismo y de su pueblo, al denunciar más tarde los atropellos consumados por lo conquistadores.

Después de la derrota de los rebeldes, las autoridades acuerdan deportarlo a España, a fin de que, como especifica un auto de la Audiencia de México, “allá se ponga en parte do no pueda volver a estos reinos”. Resulta oportuno transcribir aquí el fragmento de uno de los testimonios de mayor dramatismo sobre su exilio que, como tantos otros más, incorpora Miguel León-Portilla en este tan atractivo volumen:

Don Francisco Tenamaztle, tatoan [tlahtoani o gobernante] de la provincial de Nochiztlán y Jalisco...

He sido enviado a estos reinos de Castilla...preso y desterrado, solo, desposeído de mi estado y señorío y de mi mujer e hijos, con suma pobreza, sed y hambre y extrema necesidad por mar y por tierra, padeciendo muchas injurias y afrentas y persecuciones...No ha bastado haberme hecho los españoles tantos y tan muchos y no increíbles por hombre del mundo, daños irreparables, haciéndome guerras injustas, crudelísimas, matándome en ellas muchos de mis vasallos, y a mis parientes y deudos.

Una vez en España, Tenamaztle emprende la lucha por los suyos desde otra trinchera, pues el providencial encuentro en Valladolid con el padre Las Casas hacia 1554 fue decisivo. Desde aquellas tierras ambos entablaron una contienda tan importante como la armada, librada en el Nuevo Mundo; el indio valeroso se asoció así con el piadoso fraile quien sabía ya de los agravios cometidos por los conquistadores, y de los que había hecho correspondiente denuncia en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

No obstante queda la duda acerca de la forma en que un español y un indio entraron en contacto, y también queda la duda de si los argumentos y peticiones que el señor de los caxcanes planteó a las autoridades del Consejo de Indias fueron reproducidos cabalmente por el dominico en los textos que escribió. Como sea, los documentos que se conservan al respecto, y que Miguel León-Portilla incorpora y comenta con gran claridad en este libro, son

testimonios fehacientes de las inquietudes de dos incansables luchadores por la dignidad de los hombres, de sus derechos a la libertad, a conservar sus bienes, a no ser agraviados, muertos, ni tampoco desterrados.

En la defensa que emprendió el propio Tenamaztle en 1555, auxiliado por fray Bartolomé, y que Miguel León-Portilla incluye en el capítulo 6 de su libro, se advierte un intenso dramatismo; en ella, como en el pasaje que hemos transcrito anteriormente, se deja constancia de los agravios padecidos por el dirigente caxcan y su pueblo por parte de los conquistadores, así como de la indiferencia mostrada por las autoridades del Consejo de Indias para iniciar las averiguaciones correspondientes a su caso de deportación, acaecida desde el año de 1552.

La inserción de numerosos calificativos y de sustantivos y verbos de fuerte carga semántica así como de adverbios que acentúan el sentido de ciertas categorías gramaticales, realiza los efectos emotivos que intentan lograr el firmante y su aliado en los destinatarios a quienes iba dirigida la denuncia, y de quienes dependía el destino del primero. Baste un pequeño párrafo para ejemplificar lo antes dicho:

Allende desto, el dicho Nuño de Guzmán y sus criados, siendo más que otros crueles y todos los otros españoles, afligían y afligieron cada uno a los pueblos y indios que tenían con excesivos trabajos en las minas y fuera dellas; y opresiones sin alguna piedad, tratándolos con tanta aspereza, en todo género de servidumbre y crueldad, como si fueran de hierro o de metal, no haciendo más cuenta de su salud y vida que si fueran fieras del tiempo.

Debemos a Miguel León-Portilla, una vez más, otro magnífico estudio, ahora de un personaje excepcional. Fuerza y prudencia convergieron por igual en un hombre cuyo límite fue la impresionante maquinaria de uno de los más poderosos imperios de todas las épocas, pero cuyas extraordinarias virtudes le han hecho trascender las fronteras del tiempo.

Pilar MÁYNEZ

Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM